

ASOCIACION DE AMIGOS DEL CAMINO DE SANTIAGO MOZARABE SANABRES.

Carretera Nacional 525, Km. 49,00. 49326 RIONEGRO DEL PUENTE. Zamora

www.mozarabesanabres.com *** mozarabesanabres@gmail.com

La mirada de los otros

Primer Premio del VII Concurso de Relatos cortos sobre el Camino de Santiago 2026. Autor: ANTONIO ARTEAGA PEREZ, Toledo

No emprendí la marcha hacia el oeste para llegar a ningún sitio, sino para huir, arrastrando la ruina de mi empresa y la certidumbre de mi propia arrogancia con la misma obstinación con la que mis botas golpeaban el polvo de los caminos zamoranos.

Fue en el albergue de Granja de Moreruela, un lugar donde la austeridad se impone a la comodidad y el silencio habita en las esquinas con una persistencia casi eclesiástica, donde hallé el objeto que alteraría mi rumbo. Yacía bajo el somier metálico de la litera inferior: un cuaderno de tapas negras, anónimo, gastado por el roce de unos dedos que ya no estaban allí. Lo abrí con la curiosidad impune del que no respeta nada, buscando quizá una dirección para devolverlo y demostrarme una eficiencia que mi vida laboral ya no me permitía, o tal vez buscando simplemente una distracción en aquella tarde vacía.

La escritura era menuda, inclinada hacia la derecha, con esa urgencia propia de las personas que temen no tener tiempo para terminar la frase o el pensamiento. El autor firmaba solo con una inicial: «E.». Leí la primera entrada, fechada el 12 de septiembre, apenas dos días antes. «E.» no hablaba del camino como un trayecto, sino como una despedida. Describía el miedo a la enfermedad que devoraba sus pulmones, pero no lo hacía con terror, sino con una extraña y luminosa gratitud que me resultó incomprensible. Allí donde yo veía polvo y molestia, «E.» describía la luz dorada sobre los campos de trigo y la amabilidad de un tendero al regalarle una manzana, un gesto que para mí hubiera pasado inadvertido.

Aquella lectura me provocó una irritación inicial que pronto mutó en obsesión. Decidí que debía devolver el cuaderno. Me convencí de que era un deber moral, aunque en el fondo sospechaba que era una necesidad de ver el rostro de la persona capaz de encontrar

belleza en la desgracia, algo que a mí me resultaba imposible. Calculé las etapas. Si apretaba el paso, si ignoraba el cansancio de mi propia carne y madrugaba más que el sol, podría dar alcance a «E.» en Ourense.

La persecución transformó mi viaje. Dejé de mirar el reloj para mirar las huellas en el barro, preguntándome cuáles pertenecerían a esa persona a la que imaginaba débil, pero tenaz. En las subidas terribles hacia el Padornelo, cuando el aire faltaba y las piernas ardían, yo no pensaba en mi bancarrota, sino en las palabras de «E.». «El dolor es solo un recordatorio de que seguimos aquí», había escrito aquel personaje desconocido en Puebla de Sanabria. Repetí la frase en voz alta, y la niebla gallega, esa bruma que todo lo envuelve y difumina los contornos de la realidad, se me antojó menos hostil, más habitable.

Sin percatarme, comencé a habitar la mirada de otro. Me detuve en una ermita derruida pero no para criticar su estado ruinoso, sino para observar el modo en que el musgo reclamaba la piedra, tal y como «E.» lo había descrito en otra página. Dejé de competir. La urgencia por entregar el diario se mantuvo, pero la rabia se disipó, sustituida por una extraña camaradería con aquel fantasma que caminaba un par de etapas por delante de mí. Sentía que lo conocía, que compartíamos una especie de conversación diferida en el espacio, una intimidad que no requería presencia.

Llegué al Monasterio de Oseira bajo una lluvia fina e incesante. El magno edificio se alzaba imperturbable ante mi pequeñez. Empapado y tembloroso, busqué al hospitalero. Con el cuaderno en la mano, pregunté por un peregrino, probablemente enfermo, de paso lento, que debía haber pasado por allí hacía uno o dos días. Describí la caligrafía, la sensibilidad, la tos que imaginaba y que casi podía escuchar.

El monje, un hombre de rostro surcado por arrugas profundas y ojos acostumbrados a ver pasar multitudes sin retenerlas, tomó el cuaderno. Lo examinó con calma, sin la prisa que gobernaba mi mundo y mis latidos.

—Recuerdo este cuaderno —dijo el monje con voz pausada—. O uno muy parecido.

—Pasó ayer, ¿verdad? —insistí, con el corazón acelerado por la inminencia del encuentro.

—Mire la fecha, hijo. Mire el año.

Bajé la vista. Había leído el día y el mes, el 12 de septiembre, pero mi mente, anclada en la inmediatez y en mi propia urgencia, había ignorado el año. La fecha correspondía a tres años atrás.

—Elena —dijo el monje, devolviéndome el cuaderno—. Venía cada año. Murió pocos meses después de llegar a Santiago por última vez. Su marido pasó por aquí el año siguiente para contárnoslo. Solía dejarse las cosas olvidadas, decía él, para que otros tuvieran la obligación de buscarlas, o de encontrarlas.

Me quedé inmóvil en el frío del claustro. La persona a la que perseguía era polvo, memoria, nada. No había nadie delante. Había estado corriendo para dar alcance a un espectro. Sentí un vértigo absoluto, la sensación de que el suelo se abría bajo mis pies cansados. Sin embargo, no hubo desesperación. Al contrario, una calma insólita, desconocida, se asentó en mi pecho.

En ese momento supe que el diario no era un objeto perdido a la espera de su dueño, sino un legado. Elena ya no necesitaba el cuaderno. Yo sí. Durante diez días, aquel diario me había sacado de mi propio laberinto de autocompasión para obligarme a mirar el mundo a través de los ojos de una mujer que amaba la vida porque sabía que se le acababa.

Llegué a Santiago dos días después. No fui a la oficina del peregrino ni busqué el certificado de mi viaje, no tenía prisa. Me senté en la Plaza del Obradoiro, bajo los soportales, y saqué el cuaderno. Escribí una última línea debajo de la última entrada de Elena: «Gracias por prestarme tus ojos cuando yo no quería usar los míos».

Después, caminé hacia un albergue cercano, entré en una habitación vacía y, con delicadeza, dejé el cuaderno bajo una cama, en una esquina visible pero discreta. Salí a la calle, respiré el aire húmedo de la tarde y sonreí. No tenía empresa, no tenía dinero y el futuro era una incógnita indescifrable.

Pero, por primera vez en mi vida adulta, ya no tenía miedo. Estaba, simplemente, vivo.

EL PEREGRINAR DE LA POESÍA

2º Premio del VII Concurso de Relatos cortos sobre el Camino de Santiago 2026

Autor: SALVADOR VAQUERO MONTESINO (Cáceres)

Eché a andar el Camino Mozárabe Sanabrés con la inocencia de quien cree que caminar es desplazar huesos y no desfondar el alma. Pronto se me llenaron las botas de barro antiguo y la boca de una tierra que sabía a saliva ajena, a rezos mascados por otros antes de que yo tuviera nombre. Avanzar no era ir: era abandonarse despacio para brotar de nuevo. El camino me pidió carne, me pidió sombra, me pidió que me desmigajara en versiones de mí mismo como pan duro en manos de siglos.

A cada paso se me adherían los ecos. No voces, no recuerdos nítidos, sino una resonancia viscosa que me trepaba por los tendones: cansancios heredados, fiebres de invierno, una fe desdentada que seguía caminando aun cuando ya no creía. Yo no iba solo: me arrastraba una procesión de espaldas vencidas, de pies abiertos en grietas, de esperanzas cosidas con hilo basto.

En Santa María de Moreruela el desdoblamiento se me volvió herida consciente. Las ruinas se alzaban como un esqueleto sin pudor, costillas de piedra abiertas al cielo, negándose a morir por falta de carne. Me acerqué y la cal me habló desde la sequedad: arcos quebrados marcando todavía el pulso de una liturgia extinguida, el ábside desnudo sosteniendo la dignidad de quien ya no necesita ornamento. Una parte de mí se quedó allí, lamiendo muros, tragándose el silencio espeso del Císter, entendiendo que aquel sitio había sido erigido para vaciar al hombre hasta dejarlo respiración. Ese yo aprendió que hay lugares que no se miran: se escuchan con el vientre, como se escucha la culpa o el deseo. Entre las piedras juraría haber oído hábitos rozando el suelo, salmos gastados hasta convertirse en ruido de fondo, como la sangre.

Otro de mis cuerpos se quedó rezagado en Puebla de Sanabria. Subió al castillo con los muslos ardiendo, viendo cómo el pueblo se replegaba bajo sus plantas como un animal cansado. Desde arriba, el mundo parecía quieto: tejados de pizarra apelmazados, el río dibujando una cicatriz blanda, montañas vigilando con la paciencia de lo inmóvil. Los muros del castillo olían a espera, a inviernos interminables, a ojos clavados en un horizonte que nunca responde. Me reconocí en esa vigilancia inútil. Al bajar, las calles empedradas me

recibieron como una madre sin entusiasmo: balcones de madera, escudos comidos por el tiempo, linajes ya sin garganta para presumir. Allí entendí que la belleza no siempre deslumbra; a veces se limita a no abandonarte, como una mano sudada en mitad de la noche.

En Allariz volví a partirme. Caminé junto al Arnoia, cuyo murmullo me golpeaba el pecho como un corazón ajeno. Crucé puentes medievales colocados piedra a piedra con una paciencia que hoy nos parecería sospechosa. Las iglesias románicas se encajaban en el paisaje como huesos bien soldados: sin alarde, sin prisa. Todo estaba donde debía. Allariz no grita, no presume: respira. Una parte de mí se sentó a mirar el agua pasar, entendiendo que conservar no es embalsamar, sino dejar fluir sin romper. Allí me acompañaron los que también se detuvieron, los que entendieron tarde que caminar no siempre exige avanzar.

Llegué a Ourense ya desbordado de mí mismo, y fue en la catedral donde todas mis versiones cerraron la boca. El pórtico me observó con figuras que aún conservaban gesto, como si supieran que el tiempo también puede mirarse de frente. Los colores, domesticados por los siglos, no pedían fe sino atención. Cada paso resonaba en la nave como una pregunta que nadie iba a contestar. Después, en las Burgas, el agua caliente brotó como una obscenidad milagrosa. Hundí las manos y sentí el mismo alivio que sintieron otros cuerpos antes que el mío: mercaderes, enfermos, huidos. El calor no distinguía épocas. Tampoco redimía: acompañaba.

Al entrar en Galicia, los monumentos se disolvieron en carne vegetal. Bosques espesos, senderos cubiertos de hojas podridas, cruceiros solitarios clavados como vértebras en la tierra. Las aldeas parecían levantadas alrededor de una vida mínima, repetida hasta perder el sentido, como una oración dicha sin creer. Allí el camino no ordena: se deja transitar. Entre la niebla, mis pasos encontraron un ritmo que no era mío, una cadencia heredada que me llevaba sin preguntarme nada.

Cada noche, en el albergue, volvía a recomponerme. Juntaba al que andaba, al que miraba, al que escuchaba. Todos exhaustos, todos completos en su desgaste. Entre ronquidos, mochilas y el olor agrio de los pies ajenos, comprendí que nadie llega solo a ningún sitio. Así caminé el Mozárabe Sanabrés: deshaciéndome para no tener que elegir entre avanzar o quedarme, entre sentir o entender. Porque hay caminos que no te permiten ser uno solo. Y porque caminar, al final, fue consentir que los muertos caminaran conmigo.

Añadí entonces —como quien no quiere romper un ritmo, sino ahondarlo— una certeza que se me había ido formando sin palabras: que todo aquello no solo era camino,

sino lenguaje.

Comprendí que la poesía no estaba en lo que yo pudiera escribir después, sino en lo que ya estaba ocurriendo bajo mis botas. La poesía era ese crujido de la grava al amanecer, cuando el cuerpo aún protesta y el día todavía no ha decidido ser día. Era el olor a pan caliente escapándose de una cocina aldeana antes de que el pueblo despierte del todo, ese gesto mínimo de la mujer que barre siempre el mismo tramo de calle como si mantuviera limpio el mundo para que otros pasen. Nadie se llama poeta por hacer eso, y sin embargo allí estaba el verso: en la repetición humilde, en la costumbre que no espera aplauso.

La poesía se me aparecía en los restos: en una columna rota que seguía sosteniendo aire, en un capitel mordido por líquenes que ya no representaba nada reconocible y, aun así, persistía. Monumentos incompletos, iglesias abiertas como costillas, muros que no protegían a nadie pero seguían en pie por pura terquedad. Entendí que el poema no es la obra terminada, sino lo que resiste cuando todo lo demás se ha ido. Cada piedra caída tenía una sintaxis secreta; cada ruina era un texto al que el tiempo había arrancado los adjetivos.

También estaba la poesía —áspera, viva— en la convivencia forzada del albergue. En compartir mesa con desconocidos cuyo pasado no importaba y cuyo futuro se reducía a la siguiente etapa. Lenguas distintas, cuerpos distintos, ampollas parecidas. El ritual común de tender la ropa mojada, de comparar dolores como quien intercambia estampas, de callar juntos al caer la noche. Nadie preguntaba demasiado; nadie explicaba de más. Avanzar hacia Santiago era el único argumento necesario. Esa economía del lenguaje, ese acuerdo tácito, era un poema colectivo escrito con cansancio.

En los aldeanos del Camino encontré otra estrofa. En el anciano que indica una fuente con un gesto breve, como quien señala algo obvio. En el tabernero que sirve vino sin preguntar de dónde vienes, porque ya sabe adónde vas. En los saludos cortos, en los silencios largos, en la manera en que la vida continúa mientras los peregrinos pasan, como si el mundo aceptara su papel secundario sin resentimiento. Allí entendí que la poesía no interrumpe la vida: la acompaña.

Y entonces supe que yo no caminaba para escribir, sino para aprender a leer. Leer el barro, las grietas, las manos ajenas, el cansancio propio. Leer el eco de los que me precedieron y el murmullo de los que caminan ahora conmigo sin saber mi nombre. La poesía no estaba al final del Camino, ni en Santiago aguardando como recompensa. Estaba dispersa, incrustada en cada rincón de mis pasos.

.....

¿CUÁNTOS KILÓMETROS FALTAN?

Mención Especial del VII concurso de relatos cortos sobre el Camino de Santiago, 2026.

Autor: JAVIER MORO. Montevideo, Uruguay

A veces uno camina para encontrar algo. A veces para olvidar. Y otras, como en mi caso, para no quedarse quieto, porque quedarse quieto duele.

Yo caminaba como si estuviera en una carrera. Una donde el premio fuera demostrar que todavía podía controlar algo de mi vida, que no se me había desarmado del todo. El Camino, pensaba, era una cuestión de números: kilómetros por hora, calorías gastadas, minutos de descanso, peso de la mochila. Un proyecto medible, perfectamente optimizable.

El primer día, saliendo de Saint-Jean-Pied-de-Port, comenzó con un cielo que parecía recién pintado. Amanecía con un color de durazno encendido, de esos que uno no sabe si son luz o memoria. No le presté atención. Estaba demasiado ocupado mirando el reloj.

Cada tantos metros pasaba a alguien y preguntaba:

—¿Cuántos kilómetros faltan?

La gente me miraba con una sonrisa rara, mezcla de simpatía y lástima, como si yo fuera un tipo que todavía no entendió las reglas del juego. Y tenían razón: no las entendía para nada. Sabían que todos los caminos se caminan dos veces: uno bajo los pies, y otro en el corazón. Y que yo venía haciendo sólo uno, el más fácil.

Llegué a Roncesvalles a las tres cincuenta y cuatro. Mi meta era llegar antes de las cuatro. No sé si alguien me felicitó; si lo hicieron, no me enteré. Yo estaba demasiado ocupado ganándome a mí mismo, que siempre fue mi rival más difícil.

El Camino siguió así un par de días. Yo por delante de todos, apurando el paso, apurando la vida, como si de tanto apurarlo todo pudiera dejar atrás lo que me dolía.

Fue saliendo de Estella: un pinchazo, un tirón, un “hasta acá llegamos”. Yo quise seguir, claro, porque uno es terco cuando huye. Pero el dolor no negocia. Me senté al costado del camino. Solo, derrotado por una articulación. Y por primera vez, no miré el reloj.

Mientras me frotaba la rodilla, pasó un hombre mayor, de sombrero de paja y paso tranquilo. —¿Te lastimaste, hijo? —me preguntó.

—No es nada —dije, porque los hombres tenemos esa estupidez incorporada. —Vamos, levántate. Ahí a dos kilómetros está Villamor de la Corte. Descansás un poco y seguís mañana.

A mí dos kilómetros me sonaron a tragedia. Pero dos kilómetros cojeando al lado de alguien amable no son lo mismo que dos kilómetros solo tratando de salvar el orgullo.

Villamor de la Corte era un pueblito que casi parecía inventado. Uno de esos lugares donde el tiempo pasó saludando y siguió viaje. Me recibieron tres mujeres que estaban barriendo la plaza como si fuera el living de su casa.

—Otro lesionado —dijo una, como si yo fuera un caso clínico común.

—Es la rodilla —explicó el del sombrero—. Necesita hielo y compañía.

—Entonces quedate tranquilo —dijo otra—. Lo primero lo tenemos; lo segundo, nos sobra.

Me llevaron a un albergue chiquito, que tenía olor a sopa y a madera vieja. Me sentaron, me pusieron una bolsa de hielo y me dejaron ahí, bajo una parra, donde la luz se filtraba en manchas de oro y sombra. La idea era descansar un rato. Me quedé tres días.

Esa tarde, bajo la parra vieja, la gente del pueblo me pidió historias del Camino. Y supe, con ese pequeño golpe de sinceridad que a veces llega, que no tenía historias. Tenía números. Tiempos. Velocidades. Pobre colección para quien dice estar caminando hacia algo.

Uno de los viejos, con voz de banco de plaza, me dijo:

—A veces uno camina rápido para no pensar.

Y una mujer que tejía agregó:

—Y olvida que el Camino también es la gente.

Me quedé en silencio. Ese silencio que viene después de entender algo. Me di cuenta de que no sabía nada, absolutamente nada, del Camino que decía estar haciendo.

Esa noche no pude dormir. No por el dolor, sino por las palabras de la gente del pueblo. Pensé en los paisajes y en las construcciones que no había visto. En las conversaciones que no había tenido.

A la mañana siguiente, al intentar levantarme, la rodilla me seguía doliendo. —Hoy tampoco caminarás —dijo la mujer del tejido—. Así que vendrás a ayudar con el pan.

Con las manos hundidas en la harina, sentí por primera vez que el tiempo tenía olor. Olor a levadura, a espera, a mano tibia. Olor a vida lenta.

Mientras amasaba, se me aflojaron palabras que yo no pensaba decir. Hablé de mi padre. De cómo se había ido sin grandes discursos, como viven los hombres buenos. De cómo me había quedado una tristeza sin forma, que no sabía dónde poner.

Ellos escucharon. Y escuchar, entendí, es esa forma antigua y sagrada de abrazar.

Cuando pude volver a caminar, me despedí del pueblo. Las mujeres me abrazaron como se abrazan las pequeñas victorias. El viejo me dio la mano. Un niño me dio una galleta rota pero sincera.

—¿Cuántos kilómetros vas a hacer hoy? —preguntó el niño.

Respiré.

—No sé.

—Entonces vas bien —dijo, repitiendo la frase como un regalo.

Caminé despacio, como si el aire tuviera otro tiempo. Al rato me alcanzó un peregrino francés.

—Buen Camino —me dijo.

—Buen Camino —le respondí.

Y me quedé a su lado, sin adelantar a nadie. Los almendros parecían saludarme, como si hubieran estado esperando que les prestara atención. Entonces el francés empezó a hablar. Hablamos de la vida, no del tiempo. De la gente que nos esperaba, no de los kilómetros que faltaban. A la tarde nos

sentamos a descansar. Un banco, un rato de sombra, una anécdota compartida. Nada urgente, nada necesario. Por primera vez en mucho tiempo, el mundo dejó de apurarme.

Esa noche, llegamos a un albergue sencillo. Era una casa con olor a guiso y a hogar. Nos sentamos en una mesa larga con peregrinos de todas partes. Hablaron ellos. Hablé yo. Y sentí, casi sin darme cuenta, que algo se acomodaba en mi pecho. Un nudo que se afloja, una piedra que se cae, una tristeza que se vuelve liviana. Me dormí pensando en Villamor de la Corte, en el hombre del sombrero, en la mujer del tejido, en el niño que parecía saber más del mundo que yo.

A la mañana siguiente, mientras ajustaba la mochila, un alemán me preguntó:

—¿Sabés cuántos kilómetros hay hasta el próximo pueblo?

Yo sonreí.

—No lo sé. Pero si querés, los caminamos juntos y lo averiguamos.

Porque el Camino, descubrí, no es distancia. Es gente. Es charla. Es pausa. Es ese gesto mínimo que te salva un día. Y porque a veces —solo a veces— caminar despacio es la forma más honesta de llegar.